

historia», es decir, toda la historia, incluida la cultura, la diplomacia, los intercambios, etc., habría sido resultado de la violencia, de las guerras, explotaciones, complots, homicidios, revoluciones, etc. Esta perspectiva puede que tenga sus raíces en una generalización desmedida de algunas interpretaciones dadas por las religiones, al menos en el pensamiento judeocristiano occidental, *perspectiva negativa de nuestra especie* (relativamente comprensibles en momentos históricos de tensiones y crisis). Es como si a pesar de la secularización del pensamiento el *pecado original* estuviera aún presente en nuestras reflexiones, y nos hiciere percibir exageradamente nuestros componentes negativos.

En cualquier caso, los senderos para desvelar las lógicas de la violencia, las características de los actores que la ejecutan, los espacios donde se producen, las relaciones con otros fenómenos y con ella misma, han servido para entender mejor sus dinámicas, para mejorar la apreciación «violentológica». Efectivamente, la preocupación inicial por las guerras llevó inmediatamente al estudio de la violencia (en los gobiernos, en los estados, los diversos intereses, etc.) como comportamiento explicativo de las mismas, y lo mismo sucedió con otras formas de violencia. Esta preocupación ha estado presente, en las últimas décadas, en debates de universidades, centros, instituciones, foros de todo tipo y publicaciones, con lo que se ha ido profundizando paulatinamente en las claves explicativas de los comportamientos violentos.

En esta línea, con el paso del tiempo, los investigadores de la paz hemos llegado a distinguir entre distintos tipos de violencia como una herramienta intelectual que nos permite comprender mejor su fenomenología y las inducciones, incitaciones e interacciones que se establecen entre ellas. Así se ha llegado a distinguir entre violencia directa, estructural y, más recientemente, cultural y simbólica, de acuerdo con las características, ámbitos y dimensiones donde se desarrollan. Como toda conducta humana, no se puede decir que estemos cerca de poder dar explicación a todas sus casuísticas, pero sí que gracias al esfuerzo de muchos investigadores se ha progresado bastante en clarificar algunas de ellas.

**Véase también:** Agresividad, Conflictos, Desarrollo humano, Investigación para la paz, Paz, Violencia cultural, Violencia directa, Violencia estructural.

#### Bibliografía:

- AA. VV. (1981), *La violencia y sus causas*. París, UNESCO.
- COTTA, Sergio (1987), *Las raíces de la violencia*. Pamplona, EUNSA.
- GALTUNG, Johan (1995), «Violencia, Paz e Investigación sobre la Paz», en *Investigaciones teóricas. Sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid, 311-354.
- MARTÍN MORILLAS, José Manuel (2003), *Los sentidos de la violencia*. Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos/Editorial Universidad de Granada.
- ROJAS MARCOS, Luis (1995), *Las semillas de la violencia*. Madrid, Espasa Calpe.
- SANMARTÍN, José (2000), *La violencia y sus causas*. Barcelona, Ariel.

FRANCISCO A. MUÑOZ  
y FRANCISCO JIMÉNEZ BAUTISTA

**VIOLENCIA CULTURAL.** Con el paso de los años los investigadores hemos distinguido entre diversas formas de la misma como una manera de poder profundizar mejor en cada una de sus facetas, aunque en el fondo todas pudieran pertenecer a una misma matriz y estar interrelacionadas. Bajo el concepto de *violencia cultural* se intentan comprender todas las facetas culturales que de una u otra forma apoyan o justifican las realidades y prácticas de la violencia. Si la violencia directa es generada desde el propio agresor y la violencia estructural está organizada desde el sistema –la estructura–, la *violencia cultural* lo hace desde las ideas, las normas, como alegato o aceptación «natural» de las situaciones provocadas por ella. Es decir, todo aquello que, en definitiva, desde la cultura legitime y/o promueva la violencia de cualquier origen o signo.

La cultura como conjunto de normas e instituciones propias de cada sociedad intenta justificar y dar coherencia a todas las actuaciones que las personas llevan a cabo, favorece la integración entre ellas, con otros gru-

pos, comunidades, el conjunto de la humanidad y con la naturaleza y el universo. Por tanto las culturas han tenido que integrar y armonizar los conflictos, la paz y en el caso que ahora abordamos, la violencia. Pero a partir de un determinado momento la cultura no sólo justifica sino que también puede promover la acción en un determinado sentido. Por eso nos preocupan seriamente aquellos aspectos en los que disculpa y promoción la violencia.

Así, la *violencia cultural* podría identificarse con la «ideología» de la violencia, como una especie de «superestructura» de los sistemas violentos, unas construcciones culturales que conviven, cubren e intentan armonizar y darles coherencia. En este sentido, actúa en todos los ámbitos de la cultura (ética, religión, moral, leyes, ciencia, filosofía, literatura, arte, etc.). Por ejemplo, ciertos discursos sociales y políticos se convierten en justificadores de formas de explotación o marginación; la palabrería y la propaganda alienadora; la manipulación sesgada e intencional de las ideas para perpetrar con éxito el adoctrinamiento generalizado; la información deforme de los medios de comunicación de masas; algunas costumbres, ritos y actos institucionales que pueden contribuir a difundir directamente la «utilidad» de la violencia; las propuestas que incluyen discriminaciones por razones de creencias, religión, sexo, color de la piel u otras diferencias físicas; las ideas que justifican que el acceso al bienestar no sea igualitario o democrático; las razones que justifican la guerra, la explotación, la marginación, la pobreza, el analfabetismo, la propia marginación cultural; etc.

En el mundo contemporáneo las realidades de la violencia son cada vez más complejas; no solamente extienden su presencia a todas las escalas de las actividades humanas (individuos, familias, grupos, ciudades, regiones, países, o todo el planeta), sino que se adaptan a las nuevas formas (colonialismo, imperialismo, aspectos del liberalismo y la globalización). Veamos cómo, por ejemplo, desde un sistema mundial estructurado en centros y periferias de acuerdo con la capacidad de acceso a los recursos, la violencia cultural

genera visiones que incluyen formulaciones de etnocentrismo, jerarquía, dominación, «meritocracia», sin tener en cuenta el respeto de los derechos humanos, ni la justicia y la equidad que permitan un desarrollo sostenible y autocentrado. También los intentos de imponer modelos culturales universales (p. e.: el «pensamiento único») que infravaloran o niegan la riqueza y el valor actual y estratégico de la interculturalidad.

Muchas corrientes contemporáneas de la investigación conceden una importancia esencial al lenguaje en la construcción de la cultura, ya que se relaciona e induce las formas de pensar y de actuar. Desde esta perspectiva debemos conceder gran importancia tanto a la promoción de una cultura de la paz, plural e integradora, como a la des-construcción de la violencia cultural. Sin ninguna duda, las palabras, las frases, la lengua se convierten en elementos de primer orden en la creación de relaciones pacíficas –o en su caso violentas–. Debemos ser conscientes de ello y utilizarlas para reconocer a los demás, dulcificarlas, dotarlas de cariño y amor, liberarlas de agresiones, marginaciones o ignorancias. Algunos autores han prestado especial atención a los símbolos como elemento central en la construcción de nuestro lenguaje, conocimiento, actitudes y conductas y, en consecuencia, podríamos hablar de una violencia simbólica como la elaboración más abstracta de las discriminaciones y marginaciones entre los seres humanos.

**Véase también:** Violencia, Violencia directa, Violencia estructural, Violencia simbólica.

#### Bibliografía:

- BORDIEU, Pierre (1991), *Language & symbolic power*. Cambridge.
- GALTUNG, Johan (1990), Cultural violence, *Journal of Peace Research* 3. vol. 27, 291-315.
- , (1996), *Peace by Peaceful Means*. Londres, Sage/PRIO.
- MARTÍN MORILLAS, José Manuel (2003), *Los sentidos de la violencia*. Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos/Editorial Universidad de Granada.

FRANCISCO JIMÉNEZ BAUTISTA  
y FRANCISCO A. MUÑOZ